

COLEGIO PROVINCIAL DE
“NIÑOS DEL NARANCO”

PP. Salesianos

OVIEDO



Oviedo, 9 de septiembre de 1973

Queridos hermanos:

Cumplo con el doloroso deber de comunicaros el fallecimiento de nuestro querido hermano

Don Salvador Soler Fons

(Coadjutor Salesiano)

acaecido el 9 de agosto del presente año.

En plena diáspora de vacaciones, cuando la casa estaba casi vacía, con la sencillez y premura de quien nunca ha querido molestar, nos abandonó también él, en alas de un tumor benigno, pero destructivo, que lo llevó a la casa del Padre por quien con tanta frecuencia suspiraba. El pasado marzo había cumplido los 67 años.

Vio la luz primera en Carcagente (Valencia), el 24 de marzo de 1906, siendo el quinto y último de los hijos con los que el Señor quiso premiar al cristianísimo matrimonio de don Salvador Soler y doña Vicenta Fons.

Don Joaquín Barberá, posteriormente se haría sacerdote, fue uno de los maestros que en sus primeros años influiría notablemente en el alma abierta y piadosa del pequeño Salvador.

Creció don Salva enfermizo, inapetente y delgado, adaptándose con dificultad a las tareas del campo en las que se ocupaba la familia. Esta situación motivó que a los 17 años su tío Pascual Martínez se lo llevara a Madrid con quien trabajaba en un comercio de frutas que poseía la familia.

A la hora de enrolarse en las filas, cuando el panorama político nacional comenzaba a revolverse, le tocó servir en la zona roja a las órdenes, no obstante, de un cristianísimo capitán de derechas. Durante la guerra pudo volver a su pueblo natal, viviendo con su hermano mayor, Vicente, ya casado y con familia. Este hermano nos habla de don Salva y recuerda su afecto y cariño para con los sobrinos durante aquellos duros años en que convivieron juntos.

Restablecido el orden en España, vuelve a Madrid. Por estos tiempos conoció al P. Ferrer, franciscano y fundador del convento de Carcagente. Este ilustre fraile supo compaginar el cargo de confesor de Alfonso XIII con el servicio a los humildes y necesitados. Con él se nos iba don Salva en los días de fiesta a los suburbios, divirtiéndose a aquellos niños con juegos sencillos y quitándoles el hambre de toda la semana con sabrosas paellas a la valenciana.

Al fallecer sus padres, ingresó en el convento de los PP. Franciscanos de Sagunto. Su salud, siempre precaria, no aguantó aquel género de vida y meses más tarde su tío Pascual se veía obligado a llevarle en estado grave a su finca de La Barraca de Aguas Vivas. Recuperado, volvió a Madrid, emprendiendo de nuevo su trabajo. Montó un puesto de naranjas que abastecía con la mercancía que desde Valencia le enviaban sus familiares.

En Madrid conoció a los Salesianos y comenzó a frecuentar nuestro colegio de Atocha. Poco a poco se fue familiarizando con nuestras cosas. Le entusiasmaba don Bosco y pronto se enamoró de María Auxiliadora. Atocha comenzaba a ser su casa. Allí hacía su meditación, sus retiros; allí organizaba campeonatos de ajedrez con los alumnos. Allí encontraba a Dios aquel espíritu inquieto y profundamente religioso de don Salva.

En el año 1957 abandonaba don Salva su puesto de naranjas y sus habanos (señala como uno de sus máximos sacrificios a la hora de entrar en la Congregación el dejar de fumar) y pedía ser admitido en la Congregación Salesiana como Coadjutor, pasando a hacer su aspirantado en Zamora.

En agosto del 58 hacía su noviciado en Astudillo, pasando al Colegio de Huérfanos de Ferrovianos de León al finalizar el mismo con el cargo de dispensero.

El 14 de marzo del año 1962 llegaba a esta casa, con escasos meses de fundación. La obediencia le señalaba el mismo cargo que había desempeñado en León. Estos

once largos años nos hablan de su dedicación, responsabilidad y servicio a los niños y jóvenes necesitados.

Dios lo creyó preparado y tras un mes de molestias y dos días de hospital, inesperadamente lo llamó a Sí por medio de una tumoración de fosas nasales que rápidamente invadió las células etmoides, senos maxilares y base del cráneo. Comenzaba a anochecer el día 9 de agosto. Su marcha fue como la ofrenda de la tarde agradable al Padre.

Gran número de sacerdotes concelebraron en su funeral en la tarde del día 10 y la iglesia, a falta de alumnos, se vio repleta de empleados, proveedores, antiguos alumnos y amigos de nuestro querido don Salva.

A la vuelta de vacaciones de los alumnos, don Salva tendrá un funeral bien solemne como a él le gustaba que se hicieran las cosas de Iglesia.

Don Salva era un hombre profundamente religioso, con una piedad hecha de sentimiento y oración sencilla. Sufría lo indecible, y lo demostraba, cuando con tanto cambio litúrgico y devocional desaparecía del horario algunas de las prácticas tradicionales. Sin embargo comprendía perfectamente las innovaciones hijas del celo genuino y afán de adaptación y las distinguía del vacío snovismo o debilidad contemporizadora. Las oraciones, viacrucis, jaculatorias compuestas por don Salva llenan libretas; así como las copias de los numerosos tesoros espirituales que enviaba con frecuencia a los distintos superiores, a los misacantanos, misioneros, etc.

Amigo de las misiones, enviaba a la Procura gran parte de los beneficios cosechados en su económico baratillo.

Era trabajador, responsable, ordenado y preventivo; enemigo de improvisación y prisas de última hora. Amigo del detalle y de los cálculos meticulosos y exactos, sufría cuando por improvisación o falta de orden ajenos no podía él llegar a la perfección en el servicio. Como prueba de esta responsable dedicación, baste decir que ocho días antes de su inesperada marcha había finalizado ya los preparativos para la colonia veraniega de Candás, que comenzó pocos días después de la muerte de nuestro abuelito.

Mitad niño, mitad abuelo, mezcla de mimo, capricho y generosidad, le gustaba verse rodeado de alumnos y profesores que le dieran una «lata benigna». Repetidas veces contaba sus andanzas por los madrileños puestos de naranjas, así como sus victorias de ajedrez sobre afamados rivales. Eran proverbiales en la Colonia de Candás los ratos que había que dedicarle frente al «tablero», o con las cartas de chinchón en la mano. Claro que estas tertulias acababan siempre de la misma manera: con la invitación de don Salva que se sentía tan orondo de su victoria deportiva como de su amplio convite...

Y así era don Salva: un hombre bondadoso y bueno. Hijo de su Valencia y su mundo de negocios, con persistentes problemas de salud (tenía una avanzada diabetes). Religioso piadoso, un tanto medroso ante los «modernos» y sus innovaciones. Obsequioso y reverente con los superiores; mimoso para con los niños y salesianos jóvenes; muy querido de todos.

Los empleados del Colegio, señoras de la cocina y muchos proveedores nos recuerdan con nostalgia a don Salva y nos hablan de sus pequeños caprichos y de sus grandes y maravillosos detalles y atenciones.

El Padre lo quiso para Sí y lo llamó con urgencia y se nos fue casi sin darnos cuenta.

Esperamos que él, ya ante el Padre, haga una oración más por cuantos le quisimos en vida.

Os pido un momento por el eterno descanso de su alma, también por esta Casa y por vuestro affmo. en el Señor.

Justiniano Septién García

Director

Datos para el necrologio:

Coadjutor D. Salvador Soler Fons, de Carcagente (Valencia), muerto en Oviedo, España, el día 9 de agosto de 1973, a los 67 años de edad y 14 de profesión religiosa.